

VERANO, VERANILLO



Hablar de verano, veranillo para mi, supone un mar de recuerdos: mozos entre piñones piñoneros y cantos de chicharras bajo un sol abrasador donde se sesteaba en la “castilla profunda” a orillas del Duero y siempre bajo la nada refrescante sombra del pino. Eran tiempos de estrechuras no solo

económicas, pues afortunadamente de esas no tuve, sino de las mentales que son al fin y al cabo las más nos marcaron y que posteriormente han dejado mella en nuestras vidas.

Después, llegaron otros veranos a orillas del cantábrico y la emblemática playa del Sardinero santanderino, nos recordaba durante el resto del año que aquél mar norteño había adquirido el popular nombre del “Mar de Castilla, para orgullo y regocijo de los privilegiados que nos asomábamos a sus aguas desde la estepa castellana; lo que no se decía generalmente, es que pasábamos un mes en la capital cántabra en un piso “con derecho a cocina”...



Ahora los veranos para mi son distintos. Con los años he olvidado zonas de playas, montaña o escapadas al exterior español. Atrás me han quedado finas arenas con señoras enormes embutidas en clásicos bañadores o incluso las más desenvueltas lu-

ciendo sus exuberantes carnes rubenianas emergiendo a través de ridículos bikinis. Infantes gordos y sebosos pululando con griterío histérico entre las arenas o chapoteando cual focas en las aguas marinas para desesperación de algunos discretos bañistas...Enjambres enteros de vendedores ambulantes con acento hispano mayoritariamente, acosándote con sus patatas fritas, refrescos y bebidas frías, mientras que de algún modo añoras aquellas señoras sonrosadas y oriundas que recorrían de extremo a extremo las playas del Sardinero ofreciendo con su característico soniquete santanderino sus “caracolillos y quisquillas”, algo que por cierto nunca tuve la ocasión de saborear durante mis estancias infantiles y adolescentes, debido a que la política familiar (paterna más bien), controlaba muy bien la economía, restringiendo al máximo lo que se consideraba, “gastos superfluos”...

Mis jornadas de pesca fluvial también han prácticamente desaparecido del ocio estival debido a que la masificación incontrolada también ha afectado al deporte de la caña y retel...ya no se puede uno acercarse a ninguna orilla del río sin que una masa invasora de “domingueros” ocupen y desbasten sin control, todo lo que pillen a mano

Por otro lado, también con los años, he descubierto que con los calores sofocantes, la irascibilidad y mal carácter se acentúa, (la edad también juega su papel). Creo que estamos mucho más sensibles hacia la discusión absurda y a veces mucho más trivial que la importancia o carácter que adquiere. En ocasiones cuando el estado de irritabilidad lo detecto, tomo la simple opción de echarme en la cama y pensar en “blanco”, algo que en muchos casos da unos resultados muy óptimos. Los “abogados de pobres” que suelo llamar, se que enseguida saltarían con la recurrida frase de “¿Por qué no te pones a modelar y crear alguna escultura genial?”...¡y una mierda les diría yo! Pues ya me dirán con una calorina de esas de justicia quien es el guapo que se pone, manos en la masa (arcilla) a esperar la llegada de la “musa divina” mientras que estrujas sin ningún sentido la noble materia modelable...Al menos si escuchase aquél casi olvidado canto de la chicharra de la infancia, quizás sería un fondo musical inspirativo; pero no, en estos casos solo se escucha algún que otro moscardón con su machacón zumbido entre las orejas que te hace aún más sentir los deseos de mandar todo al cuerno.



Así que el verano, veranillo sobre todo lo referente a mediados de julio y mes de agosto, lo mejor es hacerse invisible para todo y para todos...al menos yo.

Jesús Trapote
1 agosto 2011

Detalle de “Al Sol”, escultura que precisamente no realicé en verano sino en pleno invierno leonés.
Foto: J.Trapote